

# El ajolote\*

## (2a. y última parte)

ROBERT ABERNATHY

Un impulso envió a Linden flotando levemente hacia la parte delantera de la nave, retorciéndose por los aires para evitar la colisión con los salientes que quedaban donde había destrozado el mamparo que separaba la cabina presurizada de los instrumentos y el motor de proa. La división era inútil, puesto que había dejado escapar el aire de la nave, y necesitó el material que contenía.

Detuvo su fácil vuelo y se cernió sobre el transmisor-receptor de radio. Sus mecanismos, ahora a la vista por la falta de un trozo de cuadro de control, habían sido ajustados y cambiados de un modo que hubiese hecho a cualquier técnico terrestre alzar burlonamente las cejas... y con toda razón, pues en su estado actual el aparato no hubiese tenido la menor utilidad... en la Tierra.

Metódicamente acabó Linden de colocar y ajustar los trozos de cable y vidrio que había tomado de uno de los desmantelados instrumentos de medida.

Contempló pensativo sus manos. Se habían oscurecido mucho en la pasade quincena, y las uñas —débiles vestigios de las grandes garras de la bestia ancestral— habían desaparecido. A la vez, las desnudas puntas de sus dedos se habían vuelto móviles, de modo que podía hacer trabajos de gran precisión

\* Tomado de Antología de Cuentos de Ficción Científica, selección del Dr. Javier Lasso de la Vega, Editorial Labor, 1965.

sin emplear los más groseros músculos que movían todo el dedo.

La transformación de la radio para nuevos fines había resultado mucho más fácil que los cambios realizados en el mecanismo de dirección de la nave, quizá porque la tarea era más sencilla o acaso porque, como creía ser lo cierto, los cambios en su mente y su cuerpo estaban todavía en curso. Mucho más importantes que los cambios visibles y superficiales eran los invisibles, los experimentados en el metabolismo y los procesos vitales, en las incontables conexiones neurales del cerebro. Sus sentidos se habían aguzado y multiplicado. Fuerzas, radiaciones, el espectro electromagnético —frutos de paciente inferencia desde el punto de vista de la ciencia terrestre— se habían convertido para él en materia de íntimo y directo conocimiento.

Sólo en los últimos días había empezado a oír las voces de la Tierra.

Flotó hasta el abierto hueco de la puerta y miró al exterior, a la sima estrellada, ya no antro de terrores, sino una invitación, un mar de impredecibles riberas.

El mundo que había dejado tras de sí flotaba a lo lejos como antes, inmensa medialuna, azul-gris y surcada de vetas, ocultando todo un sector del cielo diamante y negro. Consideradas las distancias espaciales, estaba cerca, tan cerca que podía alcanzarlo y tocarlo con su mente. Las voces permanecían allí, al fondo de su cabeza, para escucharlas si lo deseaba, como



un tremendo alboroto que manaba sin tregua de la luz y la sombra de los hemisferios, del lóbrego fondo del mar de aire. Voces de alegría y de pena, de belleza y maldad; coros abismales de temor y brillantes notas de valor y compasión...

Pronto se alejaría y no oiría ya las voces de la Tierra. A dónde, no lo sabía aún. Quizás hacia el Sol, a mirar sin cegarse el horno donde yacen desnudos los secretos de la materia. Acaso hacia el exterior, más allá de las ondas donde Júpiter, ignorando a los breves guijarros giratorios del sistema interior, mira hacia el Sol y le llama su hermano; donde Saturno viaja con sus extraños anillos y múltiples lunas; hacia la helada noche de los planetas externos tras de los cuales sólo están las estrellas. Las preguntas se agolpaban innumerables. ¿Era la Tierra única en el Universo, y lo demás —la inmensa rueda de la Vía Láctea, la cegadora abundancia de los enjambres globulares, las nutridas galaxias espirales con sus billones de estrellas— sólo materia yerma, inerte y muerta, girando hacia la frontera del espacio... o había otras progenies, otras vidas? Acaso —la idea le inquietó y fascinó— hubiese otros que habían ido antes que él...



Pero primero debía preocuparse por los que llegasen después.

Su nuevo sentido no era todavía lo bastante agudo y selectivo para establecer y mantener contacto con individuos de la Tierra, y el aparato que había construido pretendía remediar esta falta. Lo puso en acción resueltamente. No estaba seguro de que sirviese; sólo sentía la instintiva confianza que había guiado todos sus actos en los últimos días.

Con ayuda del aparato exploró una zona en el límite del hemisferio en sombras, buscando tipos de pensamiento familiares.

En el banco donde trabajaba, a altas horas, en un nuevo mecanismo de control, Marty dejó caer un destornillador y lanzó un juramento. Sus ojos miraron espantados bajo el cobijo de las espesas cejas, y susurró:

—¿Me he vuelto loco o hay espíritus?

Escucha con atención. Marty. Tengo dos mensajes para ti y los dos importantes.

—Pero... si estás muerto. Los

servomotores deben haber fallado ¡aunque, maldita sea, no puede haber sido así! —y estás ahí arriba en un ataúd de magnesio, girando en torno a la Tierra hasta el fin de los tiempos. Muerto... en mi lugar.

—Tus servomotores no fallaron; los detuve yo mismo, en las primeras horas, cuando aún creía que iba a morir o a volverme loco, cuando sólo mis instintos se daban cuenta de lo que me estaba ocurriendo. Pero no volveré; sigo adelante. Pon mucha atención Marty. Es posible mejorar el diseño del generador nuclear. Puedo explicártelo, y tú se lo explicarás a los demás, porque tienes el sentido de la materia inanimada, la capacidad de proyectarte dentro de ella, y yo no puedo hablar en el lenguaje de los físicos porque desconozco los símbolos, las matemáticas. Pero al contemplar su proyecto desde aquí, en el espacio, vi cuánta voluntad de fracaso habían puesto en él, el miedo inconsciente que tenían a penetrar demasiado en el átomo. Si elimináis ese afán de no llegar, la producción de energía aumentará unas dos mil veces. Las naves pueden construirse para ascender a sólo 1 ó 2 g. y no obstante tener energía sobrada, de modo que cualquiera —y no sólo los excepcionalmente fuertes y sanos— puedan ir al espacio. Oye como debéis proceder...

Lo que siguió fueron dibujos, impresiones cenestésicas, procedimientos completos, más que pensamiento hecho palabras. Apenas duró todo unos segundos.

Marty se frotó la nuca.

—Buen trabajo— dijo en alta voz en medio del laboratorio vacío.— En cuanto a eso de los reguladores podría ser más fácil...

—Este es uno de los mensajes, el que tienes que transmitirles si consigues hacerles escuchar. El otro... quizá tengas también que guardarlo para tí en el próximo futuro. Es éste: "la meta no es la que creíamos, no es la conquista del espacio como camino hacia los planetas, sino el espacio mismo. El espacio no está vacío o muerto. Se halla inundado de energía, llena del polvo de viejos soles y los ele-

mentos de la nueva materia. Los planetas son frías, oscuras y moribundas islas de un océano en ebullición que puede estar lleno de vida. ¡El espacio esperal!"

Marty miraba ante sí, olvidado del olor a aislante quemado que subía del banco. De pronto exclamó.

—¡Esperal No te vayas todavía...

A miles de millas por encima, el ser en que se había convertido Linden flotaba en el vacío junto a su extraño aparato, accionándolo de nuevo con las puntas prensibles de sus dedos.

Ella se despertó sobresaltada y se sentó gritando "¡Jim!". sus manos exploraron convulsivamente la almohada. Sollozó.

—Otro sueño...

—No estás soñando. Si más tarde lo dudas, díselo a Marty. He hablado con él...

Te quiero Ruth.

